



El Carnaval de Castellar de Santiago

No es de ahora, siempre fueron famosos los carnavales de Castellar de Santiago en toda la Comarca del Campo de Montiel. Incluso en los tiempos más duros de la dictadura, los Carnavales se han seguido celebrando en este pueblo quizá con menos colorido que otros, pero plenos del más puro sabor rural y cargados del humor y el ingenio que le son propios a este pueblo. Al respecto, todo sigue igual, la única variante que empieza a ser constante, es la progresiva participación popular. Nos felicitamos por ello, e invitamos a todos los amantes del Carnaval a visitarnos en el próximo.

Miércoles de Ceniza y Entierro de la Sardina

En el Miércoles de Ceniza de Castellar de Santiago, es posiblemente, donde mejor y más puro se conserva el sentido auténtico del Carnaval, pues en él se conjugan la burla y la sátira esperpéntica más audaces, hacia todo lo tradicionalmente instituido como serio, empezando por la burla de la propia muerte desde el triunfo de la vida en su sentido más sensual, salpicado por la sátira mordaz, y a la vez casi ingenua, de los ritos que envuelven a la muerte.

Todo comienza con los preparativos del Velatorio, acondicionando un local en el que reposarán los restos del «abuelo» (costumbre más reciente) y donde se pasará la noche entera entre llores, bailes, chascarrillos y mascaradas. En definitiva, algo de lo más similar a un velatorio normal. Quien más y quien menos aporta de su cosecha propia, unas coronas de madroños y «tovisco», o un «rosario» de picantes para el estandarte, o, de su imaginación, algún que otro disparate, o quien, como manda la tradición, una buena zanahoria que colocar en la bragueta del «abuelo» (últimamente un pelele, anteriormente un voluntario, que



Los ceniceros se ocupan de empolverar a las mozas. Al final del entierro, descubren sus rostros

habiendo puesto su voluntad en brazos del etílico, se prestaba satisfecho a las mil y una andanzas del Entierro); y así todo, y llegadas las doce horas de la noche del martes, Dómine Cabra —Dómine Supremo de la Cofradía que lleva su nombre— se dispone puntual a lanzar al cielo los cohetes de lágrimas que anuncian la «irreparable pérdida», que ha de traducirse en inequívoca ganancia de sus herederos, y de quienes se acercan a dar su «pésame» que a partir de esa hora tienen barra libre.

Pasará de esta guisa la noche entera. Transcurrirán las horas del Miércoles bajo el lema del «tempus fugit» y servirá el lugar de «cuartel» de «Ceniceros», que exahustos de perseguir mozas para «echarles el polvico», vienen a remojarse sus gaznates con «ojogallo», a la espera de la hora del Entierro.

Llegadas las cuatro de la tarde, el lugar se inunda de ceniza y de humos de picantes, azufre, «quebranta huesos» y cuernos quemados. Olor de satánico aquelarre, que mezclado con la danza sanduguera de la improvisada banda que no cesa de tocar el «himno» de la raspa, crea un ambiente indescriptible de amargo regustillo pestilente, capaz de remover los posos de ancestro, y que irremediamente incita al desenfreno orgiástico que el impulso vital nos lleva a hacer que sea la propia Vida quien se impone en la tragedia.

Comienza el Entierro en un desconcertado orden gerárquico —a este pueblo no hay dios que lo ponga en fila—. Delante el pendón de la Cofradía: triangular, negro y con una raspa de sardina en dorado; a ambos lados los monagos que piden limosna; tras ellos el portador del estandarte que lleva una bacalá y algunas ristras de picantes; casi a continuación los Dómines de la Cofradía acompañados de algún espontáneo; seguidamente, el

El cenicero, cubo en mano, es un personaje importante del carnaval. Dómines con su estandarte y la versión del «ku-kus-klan» le acompañan

